

---

## APOLOGÍA DE LA IDIOTEZ. ELOGIO DE LA FILOSOFÍA

VICENTE SANFÉLIX VIDARTE

Concedámoslo, si sólo tuviéramos el castellano, incluso el latín, el título de este escrito sería una insensatez. Porque idiotez es, según el diccionario de nuestra Real Academia, el dicho o el hecho propio del idiota; y éste, un profundo deficiente psíquico, o por lo menos un corto de entendederas, o un inculto, o, en última instancia, un engreído sin justificación alguna. De modo que, si idiotez es imbecilidad, tontería, incultura o engreimiento, ¿quién, salvo un rematado idiota, iba a hacer su apología?

La idiotez sólo podría ser vindicada si, aparte de éstos, tuviera otro sentido. Y aquí es donde el idioma griego puede venir en nuestra ayuda. Porque *"idiótes"*, aunque también tenía en la lengua de Platón una connotación peyorativa, refería fundamentalmente una condición, una forma de ser, cuya desacreditación, al menos desde nuestra perspectiva, necesitaría cierta justificación. *"Idiótes"* era el simple particular e *"Idiotismós"* el género de vida que practicaba, dedicado a la *"Idioteía"*, sus propios y privados asuntos.

### IDIOTEZ E INDIVIDUALISMO

Así entendida la idiotez, resulta no ser sino un nombre más provocativo para posiciones como el individualismo que, por decirlo a la manera de uno de sus principales estudiosos (y detractores), se caracterizan por anteponer el individuo al todo social.

Si la idiotez se entiende de esta manera, ¿no habrá pasado su apología de ser una insensatez a ser simplemente superflua? Pues el caso es que resulta prácticamente un tópico caracterizar a nuestras sociedades y culturas como individualistas. Incluso como excesivamente, hasta ferozmente, individualistas. De modo que más que necesitada de una apología, la idiotez, en el sentido del término que acabamos de precisar, estaría necesitada de una crítica. Ante este fallo cabe, no obstante, levantar recurso.

En efecto, si leemos a muchos de los intelectuales que escribían en la tercera década del anterior siglo, constatamos que su preocupación fundamental era no tanto la exorbitancia de una sociedad y cultura individua-

lista, cuanto el peligro de extinción en que la misma se hallaba. Su miedo no era paranoico sino fundamentado en la entonces imparable ascensión de ideologías antindividualistas como el fascismo o el bolchevismo.

Fascismo y bolchevismo son hoy fenómenos políticos residuales, lo que no significa que no haya otras ideologías que han tomado el relevo de la lucha antindividualista: el integrismo religioso o el nacionalismo radical, tantas veces yuxtapuestos, podrían ponerse como ejemplos conspicuos.

Estas consideraciones permitirían llevarnos a la prudente conclusión de que el individualismo, en cuanto fenómeno ideológico, siempre es frágil y que nunca le vendrán mal las apologías que le ayuden a afrontar los poderosos enemigos con los que recurrentemente tiene que enfrentarse. Volviendo al lenguaje paradójico de la idiotez, cabría decir que esta es una conquista siempre precaria que necesita ser constantemente defendida.

#### DEFENSA DEL INDIVIDUALISMO Y ELOGIO DE LA FILOSOFÍA

Aun si es así, ¿no es cierto que en nuestras sociedades democrático-liberales impera el individualismo? Por otra parte, ¿qué relación habría entre la defensa del individualismo y un elogio de la filosofía? Quizás la clave del asunto estribe en que la apología del individualismo que aquí se pretende no es la de un individualismo cualquiera y sin matización, sino sólo la de cierto individualismo, un individualismo al que la práctica de la filosofía podría ayudar. Y por resultar aquél valioso, podría ser ésta elogiada. De momento, pasemos a ver cuál es la situación, aquí y ahora, de la filosofía.

Quisiera partir de un dato: la convocatoria que la Unesco hace los jueves de la tercera semana de todos los meses de noviembre del Día Mundial de la Filosofía.

Que la Unesco proponga la celebración de un Día Mundial de la Filosofía es algo que debe llenar de gozo a quienes gustan de esta disciplina, pues de un modo u otro se trata de un reconocimiento de su importancia. Por otra parte, no deja de resultar inquietante, pues produce la impresión de que son sus adictos algo así como una especie en peligro de extinción necesitada de una protección especial. Lo que tenemos es algo que parece una paradoja: si la filosofía es tan importante en nuestra sociedad, ¿por qué ésta la pone en peligro?

Que la filosofía está en peligro en nuestra sociedad, no creo que necesite demasiada argumentación. Basta recordar que cada vez que se propone una reforma del sistema educativo de nuestro país, los profesores de filosofía sufren un sobresalto y se dan por bien parados si, a fin de cuentas, no pierden horas de impartición de su disciplina.

Dicho de otro modo, los filósofos suelen estar en el punto de mira del fusil reductor de los políticos. Cabe preguntarse entonces, ¿qué le hacen los filósofos a esta nuestra sociedad, a sus representantes, para que les tengan esta inquina?

La respuesta es nada. Y quizás aquí empieza a estar el problema. Pues es un sambenito colgado desde tiempos inmemoriales que la filosofía no sirve para nada y es más bien algo bastante inútil. Y si es inútil difícilmente puede aportar algo a eso que se llama progreso.

Quizás ahora podamos comprender por qué esta disciplina está en peligro: porque por su propia naturaleza choca con algunos de los valores más profundos de nuestra sociedad, como la utilidad y el progreso. Hay muchos más que no comentaré. Me limitaré a apuntar otro que me parece importante.

Pensemos por un momento en la tortura a la que los profesores de filosofía someten a sus estudiantes. Les obligan a leer textos abstractos, de difícil comprensión, incluso para quienes están habituados a ellos. Textos que deben leerse lentamente —subrayo: lentamente— y a veces hasta releerse varias veces. Esto no está muy acorde con unos tiempos en los que todo ocurre muy deprisa, incluso instantáneamente. Es con la velocidad en constante aceleración de los acontecimientos en nuestra sociedad que nuestra disciplina, tan lenta, vuelve a chocar. A pesar de todo ello, nos sigue pareciendo importante la filosofía. Expliquemos por qué.

Es sabido que los buenos sofistas de la vieja Grecia eran capaces de convertir la tesis más débil en la más fuerte y viceversa. Podríamos preguntarnos si de las debilidades de la filosofía para nuestra sociedad no podría surgir su fortaleza, su importancia. Por ejemplo, justamente porque no sirve para nada —aunque tampoco *sirve a nada*, habría que añadir con Deleuze— es por lo que puede resultar extraordinariamente útil.

El filósofo, con sus escrúpulos conceptuales, estará presto a recordar que la utilidad no puede ser un fin en sí mismo, pues lo útil sólo lo es por referencia a determinados fines. El filósofo nos recordará que la expresión “x es útil” es una expresión incompleta en tanto no se especifique para qué fin es útil x.

Y *mutatis mutandis*, lo que vale para la utilidad vale para el progreso, pues de creernos el diagnóstico de Wittgenstein, si la nuestra es una sociedad que ha hecho del progreso su fin, lo que ello significa es que nuestra sociedad carece propiamente de fines.

Dicho de otro modo, con sus preguntas impertinentes el filósofo nos pide que nos paremos a pensar sobre aquello que, justamente, casi nunca nadie se plantea: adónde vamos. No en un sentido trascendente, sino muy mundano: cuáles son —si es que los tiene— los valores últimos de nuestra sociedad, y hacia dónde queremos que progrese.

En cuanto a la aceleración de los acontecimientos o, si se prefiere, del propio tiempo, con la que la filosofía choca, diré unas pocas palabras.

En principio, esta característica de nuestra época y sociedad no es de por sí mala. Nos permite hacer más cosas y experimentar más vivencias. En cierto sentido nos permite vivir más vidas. No añoro ninguna estable

sociedad agraria y gozo de la movilidad que la técnica y la disolución de las rígidas barreras sociales ha puesto a nuestra disposición. Repárese en que un número significativo de los ciudadanos de las sociedades de capitalismo avanzado han viajado más kilómetros de los que viajara el mayor viajero de los tiempos pretéritos; o en que en un solo día pueden encontrarse con más personas de las que se encontrara en toda su vida cualquiera de sus abuelos confinados en su pueblo, por no decir nada del hecho de que muchos de nosotros somos la primera generación que no ha estado condenada a heredar el oficio de sus padres, o en el caso más llamativo aún de las mujeres, que ha podido tener un oficio en términos absolutos.

Ahora bien, esta movilidad y pluralidad de personas, ideas y experiencias, que se ha incrementado exponencialmente con el advenimiento de eso que ha dado en llamarse la “sociedad del conocimiento”, tiene también sus peligros. Sociólogos, psicólogos y filósofos han alertado sobre ellos.

No siempre es fácil integrar ni asimilar tantas experiencias y tan disparas. El sujeto se fragmenta y se satura, se vuelve anémico moralmente o, lo que viene a ser lo mismo, tendente a la anomia. Es aquí donde la disciplina filosófica, la ralentización de la experiencia de la comprensión y el esfuerzo que supone para lograrla puede tener una utilidad importantísima.

La reflexión, filosófica o no, y desde luego si es la primera, por su propia naturaleza ardua, necesaria y acusadamente da gravidez al sujeto, lo dota de consistencia, ayuda a proporcionarle, vamos a decirlo así, una solidez que le permite integrar un mayor número y disparidad de vivencias. Funciona, en definitiva, como antídoto o al menos paliativo contra la fragmentación.

Supongo que a nadie se le escapará el significado político de esta funcionalidad de la filosofía. Es falso pensar que ésta nos vaya a hacer demócratas. De hecho, no creo que la mayor parte de los grandes filósofos lo hayan sido. Pero si no me equivoco y la filosofía sirve, aun sin proponérselo y con independencia de las tesis sustantivas que discuta, en virtud de sus características meramente formales, para fortalecer el carácter, entonces la educación filosófica sí servirá para que la opinión pública esté compuesta por individuos con más capacidad de reflexión, más estables; en una palabra, más difícilmente víctimas propiciatorias de la demagogia o de la simple arbitrariedad. Es a este individualismo, a esta idiotez, no a la que la sociedad de masas empuja a sus miembros, a la que la filosofía debiera y podría coadyuvar. Con ello se ganaría de sobra su legitimidad social.

A la impertinente y reiterada pregunta “¿para qué sirve la filosofía?” podría darse, pues, la siguiente respuesta: “para ser más idiota pero no tan imbécil”.